

MONTAGUT, XAVIER Y DOGLIOTTI, FABRICIO (2006): *Alimentos globalizados. Soberanía alimentaria y comercio justo*, Barcelona, Icaria, 198 págs.

A lo largo de la última década han proliferado las publicaciones relacionadas con los problemas alimenticios a distintas escalas territoriales y sociales. En el prólogo de la obra aquí reseñada, Paul Nicholson justifica esta proliferación al señalar que unos 800 millones de personas padecen malnutrición, que las sucesivas crisis alimentarias (vacas locas, pollos con dioxinas, etc.) ponen de manifiesto la ínfima calidad de los productos globalizados, que se está

aumentando la erosión de suelos cultivables, contaminando las aguas de riego y perdiendo biodiversidad, etc., aspectos que le incitan a criticar el fracaso del actual modelo agroalimentario, su incapacidad para garantizar el derecho a alimentos sanos y culturalmente apropiados para toda la población, producidos de forma respetuosa con el medio ambiente y mediante un trabajo digno para quienes los producen. Para Nicholson, el mercado mundial de ali-

mentos está controlado por las grandes multinacionales agroalimentarias que, con el apoyo de la Organización Mundial del Comercio (OMC), impiden a millones de campesinos producir alimentos sanos, forzándoles a emigrar, proceso que solamente se podría frenar con un comercio justo de alimentos como también constatan los autores en la introducción.

En la primera parte del libro reseñado, capítulos 1 a 6, los autores analizan, desde una perspectiva bastante crítica, los cambios recientes en el comercio internacional de alimentos, el papel de las multinacionales y de la OMC y el carácter opaco de las subvenciones. Esta crítica se basa en que las relaciones comerciales siguen siendo de subordinación y dependencia económica: Estados Unidos controla un 16%, Alemania un 8'2%, Japón un 7% y Reino Unido y Francia un 5% cada una frente a solo un 3% de toda Africa. El proceso se acentúa en el comercio mundial de alimentos que solo adquiere notable importancia en productos tropicales como café y cacao comercializados por multinacionales y que se expanden territorialmente en diversos países atrasados a costa de cultivos tradicionales de subsistencias, con las consiguientes crisis alimenticias y sociales propiciadas por la escasez de alimentos o por la caída del precio de algunos productos de exportación: más del 70% en el café, cacao y azúcar en la década final del siglo XX y un 30% la soja, situación propiciada por los controles de un número reducido de multinacionales en cada subsector, y también perceptible en países desarrollados. Montagut y Dogliotti constatan que unas veinte

multinacionales controlan el mercado mundial de alimentos, especialmente el de los transformados, reduciéndose enormemente su número en sectores concretos: tres en los de cacao, té y plátanos, cuatro en el de azúcar, cinco en trigo, maíz y soja y seis en el de café, cifras que se comentan solas. A multinacionales transformadoras se están uniendo recientemente grandes cadenas de distribución que imponen precios y condiciones de pago a campesinos y agroindustrias: en el 2004, las cinco mayores cadenas comerciales controlaban el 90% de las ventas de productos alimenticios en Francia mientras en Estados Unidos la cadena Wal Mart dispone de 3.700 establecimientos, emplea a más de un millón de personas y factura anualmente 250.000 millones de dólares.

El incremento del comercio internacional de alimentos no reduce el hambre en el mundo, los índices de pobreza ni el déficit exterior de países atrasados, tampoco los precios finales de los consumidores (en España, entre 1997 y 2003, las diferencias entre los precios pagados por el consumidor y los percibidos por los agricultores se han duplicado según el MAPA), ni incentiva la creación de nuevas empresas que no pueden competir con multinacionales agroalimentarias. Montagut y Dogliotti critican profundamente el liberalismo de la OMC y de su predecesor (GATT) que obligan a los países a abrir sus fronteras a la importación de productos que frenan la producción propia y facilitan que los países más ricos subvencionen las exportaciones agrarias en beneficio de las empresas y no de los campesinos, lo que las permite practicar el

dumping (venta de un producto por debajo de su coste real), invadir mercados y desplazar a la competencia: Estados Unidos exporta trigo al 67% de su coste de producción, maíz al 81% y soja al 92% y la Unión Europea hace lo mismo con la leche en polvo (al 58% del coste de producción) y trigo al 57%. Fruto de estos menores precios, Estados Unidos ha logrado exportar a México un 40% del maíz consumido en este país que se autoabastecía y que los precios del maíz mejicano descendiesen un 45% con un aumento de la pobreza de los agricultores que emigran más a Estados Unidos y un incremento del consumo de maíz transgénico con los consiguientes riesgos para la salud.

En la segunda parte, capítulos 7 a 9, los autores analizan las pérdidas de los campesinos en países atrasados pero también en los desarrollados, propiciadas por la liberalización de los mercados de alimentos en países como México en el que un 27% de la población vive del campo y las ayudas estatales al sector se redujeron a la mitad en solo ocho años. El problema se acentúa en países cuyas exportaciones dependen casi exclusivamente de un solo producto como es el caso de Etiopía y Burundi (más del 60% de los ingresos proceden del café) y Burkina Faso (el 50% se debe a la exportación de algodón). Además, los países desarrollados gravan con elevados aranceles las importaciones de productos agroindustriales y prácticamente nada las de materias primas lo que se traduce en un control del mercado agroindustrial: los países subdesarrollados producen el 90%

del cacao pero sólo el 4% del chocolate y la Unión Europea, aunque no cultive café, es el mayor exportador de café tostado.

En los países desarrollados, la industrialización de la agricultura desde mediados del siglo XX ha propiciado la progresiva desaparición de las pequeñas explotaciones familiares, un continuo éxodo rural, aumento del consumo de agua, pesticidas y abonos químicos, incremento de la producción de transgénicos, etc.

En la tercera parte, capítulos 10 a 13, los autores hacen propuestas a favor de “otro mundo es posible”: soberanía alimentaria como alternativa, agroecología, comercio justo, etc. Entre estas medidas se hace especial hincapié en la necesidad de eliminar problemas como el hambre, lograr una mejor salubridad alimentaria, priorizar los cultivos tradicionales de cada cultura, orientar la producción a mercados locales y respetar el medio de cada zona, garantizar la supervivencia de los campesinos, potenciar la agricultura ecológica, cambiar el modelo de consumo, promover el cooperativismo agropecuario, etc., medidas utópicas y poco potenciadas por las políticas agrarias a distintas escalas territoriales.

En conclusión, Montagut y Dogliotti sintetizan, en la obra objeto de esta revisión, los distintos problemas alimenticios a nivel mundial que, en mayor o menor medida, nos afectan a todos y que habría que intentar solucionar antes de que sigan globalizándose.

*FRANCISCO FEO PARRONDO*